

Text llegit en català en el Congrés Internacional "Il·lustració i Nacionalisme" celebrat a València els dies 5, 6 y 7 de maig de 2009, i organitzat per la Diputació de València, el Dt. de Metafísica i T<sup>a</sup> de Coneixement de la Universitat de València i el Dt. de Filosofia de la Universidad de Castilla-La Mancha. S'ofereix la versió castellana del text que és la que apareixerà en les actes del congrés.

---

## **NACIONALISMO TRANSPARENTE**

Antoni Defez  
Universitat de Girona

(...)  
*Perillosament –oh sí,  
que en l'aire sobreneda  
un pensament de pluja-,  
catòlics de debò,  
croats unànimes,  
com  
un  
sol  
home,  
van a l'estadi nou, van a l'estadi.*

Pere Quart, de *Vacances pagades* (1960).

A lo largo de las reflexiones que presento a continuación, y en contra de lo que es una práctica común incluso en nuestro mundo académico, utilizaré los términos “nacionalismo” y “nacionalista” de una manera completamente conceptual y neutra, es decir, con toda la intención me apartaré del uso que hacen los políticos -tanto el *nosotros los nacionalistas*, como el *vosotros los nacionalistas*. Igualmente, dejaré de lado la manera como utiliza esos términos la opinión publicada, lo que impropia se llama “opinión pública”, la cual, cuando es algo más que aquella, no pasa de ser en el fondo un estado de opinión en buena medida inducido política y mediáticamente.

Creo que esta estrategia es necesaria si se quiere decir algo de interés sobre el nacionalismo, ya que este asunto –el asunto teórico del nacionalismo- está demasiado contaminado por la lucha de los partidos y sus intereses políticos –con frecuencia, nacionalistas-, así como por las referencias identitarias, nacionales y locales, de cada uno de nosotros, las cuales suelen ser también expresión del nacionalismo de cada uno. En concreto, consideraré nacionalista tanto a quien se presenta a sí mismo bajo este epíteto, como al que afirma que no lo es en absoluto, intentando de esa manera desmarcarse del nacionalismo que, supuestamente, sólo caracterizaría a los otros. Y es que, bien mirado, en realidad nadie puede pretender ser no nacionalista. Todo el mundo lo es, aunque no todo el mundo, claro está, lo sea de la misma manera: es posible ser nacionalista en grados diferentes y, evidentemente, implementar actitudes diversas y contenidos ideológicos distintos.

En efecto, el nacionalismo es la ideología dominante de nuestra época –fue la ideología dominante en el mundo occidental durante los siglos XIX y XX, y todavía lo es. Quien tenga alguna duda no tiene más que abrir un atlas geopolítico, y entonces podrá comprobar que la organización social y política de la humanidad está constituida por estados nacionales tal y como lo indican las fronteras y los colores que allí encontramos. O repasar la historia mundial de los últimos doscientos años: la mayor parte de los conflictos y de las guerras de este periodo se produjeron articulados en clave nacionalista. O que sopesese, a pesar de la indiscutible internacionalización actual de la economía y la política, la importancia que todavía tienen los estados nacionales en los llamados sectores estratégicos de la producción y la distribución: energía, agua, titularidad de las entidades financieras, etc. En este sentido, creo que tiene razón Liah Greenfeld cuando afirma – por ejemplo, en *Nacionalisme i modernitat* (1999) – que el nacionalismo es el sistema cultural dominante generador de orden e identidad, tanto individual como colectiva, en el seno de la sociedad moderna, siendo de esta manera el equivalente

funcional del papel que tuvieron las grandes religiones en el pasado.

Algunos dicen que el tiempo de las naciones ya ha periclitado, pero desde mi punto de vista se equivocan. Seguramente será cierto algún día –las naciones ni han existido siempre, ni continuarán existiendo por siempre-, pero no lo es en el presente. Por otro lado, quien mantiene esta opinión parece ser víctima de una ilusión, la ilusión que suele ser típica de toda ideología, a saber, que su ideología no es en absoluto una ideología, sino la expresión fiel de cómo son las cosas en realidad, el reflejo de la naturaleza. O, para ser más exactos, la ilusión de que los nacionalistas son únicamente los otros, y que él no es nacionalista, sino patriota o constitucionalista. O inglés, francés, español o catalán. O incluso cosmopolita.

Hagamos un paréntesis sobre el significado de este último apelativo: cosmopolita. A menudo en contra de las supuestas maldades del nacionalismo se argumenta a favor de las pretendidas bondades del cosmopolitismo, lo cual, independientemente de las posibles buenas e ingenuas intenciones de quien lo hace, suele conducirnos a un error. O lo que es peor, suele ser la cortina de humo o, como sugiere Jordi Sebastià en *El parany cosmopolita* (2004), la trampa que ponen los nacionalistas dominantes y hegemónicos para perpetuarse ante los nacionalistas ni tan dominantes ni tan hegemónicos. En realidad “cosmopolita” y “nacionalista” serían conceptos que pertenecen a esferas diferentes y, por tanto, el uno no puede funcionar como alternativa al otro. “Nacionalista” remite a la identidad individual y colectiva –los humanos somos inevitablemente seres situados-, mientras que “cosmopolita” tan sólo haría referencia a una determinada actitud individual -siempre individual- respecto de las identidades. En suma: el cosmopolitismo no puede ser generador de identidad –la expresión “ciudadano del mundo” no es más que una vaga abstracción vacía o una metáfora- aunque consista en una manera, digamos, liberal, y por tanto, recomendable de negociar con las identidades –la propia y la de los otros- y

los conflictos que éstas inevitablemente generan.

Pero volvamos a la ilusión de la ideología nacionalista que antes señalábamos. Podríamos llamar a este fenómeno de falsa conciencia “la transparencia de los nacionalismos realizados”. Y es que, por su propia lógica ideológica interna, el nacionalismo tiende a hacer que a cada uno le sea transparente -imperceptible, invisible- su propio nacionalismo. Con todo, aquí cabría señalar por lo menos dos excepciones. En primer lugar, los nacionalistas de un nacionalismo reivindicativo ante un nacionalismo realizado -y, claro, hegemónico respecto de las aspiraciones de éste último- son siempre conscientes de su nacionalismo, y por este motivo normalmente se autodescriben de esta manera sin ambages ni subterfugios. En segundo lugar, el nacionalismo transparente puede llegar también a ser consciente de sí mismo en situaciones de conflicto con otros nacionalismos, o en coyunturas de amenaza.

Y digo “puede llegar” porque en este último caso no siempre el resultado será llegar a la conciencia del nacionalismo propio –el nacionalismo que a cada uno nos configura. En ocasiones, se puede continuar viendo a los otros -únicamente a los otros- como nacionalistas, reservándose para uno mismo el calificativo, aparentemente más noble, de patriota. Obviamente, en este contexto “patriota” es un término que, para los patriotas, suele connotar en positivo que uno es lo que ha de ser –o que estima aquello que *per se* supuestamente se ha de estimar-, mientras que “nacionalista” connotaría negativamente que el otro está yendo más allá de lo que tendría que ser. O mejor, que está yendo más allá de lo que nosotros –los patriotas, los que somos como hemos de ser- consideramos que tendría que ser su identidad.

En otras palabras, con el nacionalismo, como con otros asuntos humanos, quien reivindica o lucha está en mejores condiciones de poseer una autocomprensión más exacta y precisa de su

condición que aquellos que viven contentos y satisfechos -sin conflictos- con su identidad. Es decir, cuando nuestro nacionalismo está políticamente activado o se activa circunstancialmente es cuando deja, o podría dejar, de sernos transparente e imperceptible. Ahora bien, todos estos procesos de ocultamiento y desocultamiento no estarían ubicados sólo en la conciencia individual: el nacionalismo es, como indica Craig Calhoun en *Nacionalisme* (1997), una formación discursiva de carácter colectivo y, por este motivo, tanto su ocultamiento como su desocultamiento se implementan socialmente, aunque por supuesto lo hagan de manera bien diferente.

Por ejemplo, la plasmación social de un nacionalismo activado en lucha por el reconocimiento de su nación, como ya hemos dicho, no pasa jamás desapercibido a sus propios defensores, pues forma parte de la comprensión que ellos tienen de sí mismos y de aquello que están llevando a término -para este tipo de nacionalismo la simbología que representa sus aspiraciones nacionales es siempre claramente visible y muy trascendente. Por contra, cuando el nacionalismo se encuentra ya realizado tiende a ser transparente para sus seguidores, y entonces con lo que nos encontramos es con una realidad social repleta de elementos recordatorios y propiciatorios de este nacionalismo que, no obstante, parecen invisibles, intrascendentes o, digámoslo a la manera de Michael Billig, banales. Intrascendentes o banales, pero sólo aparentemente, porque son elementos que, como decimos, van configurando una conciencia nacionalista que, eso sí, tiende a ser ciega con respecto a su propio nacionalismo (vid., *Nacionalisme banal* (1995). Quiero decir: la aparente intrascendencia nacionalista es la contrapartida del carácter transparente o invisible del nacionalismo realizado, van de la mano.

¿Qué elementos? Bien, no será necesario hacer aquí un listado, sino que será suficiente enfatizar que se trata de fragmentos de la formación discursiva del nacionalismo que hacen que

los ciudadanos imaginen, recuerden y anticipen la existencia de su nación. Por ejemplo, alguien que escuche la radio diariamente, ¿cuántas veces al día puede llegar a escuchar la palabra “nacional” aplicada a una nación que a menudo ni se menciona? El número, sin duda, es muy alto: *Radio Nacional de España, la selección nacional de fútbol, el Instituto Nacional de Estadística, ¿nacionales o comunitarios?, la nación española, las competiciones nacionales de vela, la reserva nacional de caza, nuestro representante nacional en el Festival de Eurovisión, el documento nacional de identidad, el producto nacional bruto, la ternera nacional, etc, etc.* Y claro, se entiende que alguien acostumbrado a estas formaciones discursivas se extraña o, incluso, se indigne cuando a través del mismo receptor de radio un día, por casualidad, escucha una noticia o una cuña publicitaria de sentido similar -es decir, conformadora y rememoradora de una nación-, pero que propicia una identidad nacional que él considera en competencia con su propia identidad nacional: pongamos por caso, *“Catalunya Ràdio, la ràdio nacional de Catalunya”*.

Creo que éste sería un buen ejemplo de lo que estamos diciendo: tendemos a no percibir aquello que nos resulta familiar y, en apariencia, intrascendente o banal, mientras que reaccionamos -nos ponemos alerta- ante lo que nos resulta extraño -aquello que no nos resulta familiar y propio- porque, a pesar de ser en el fondo algo similar a lo que antes nos era transparente y banal, ahora ha adquirido una importancia inquietante porque cuestiona nuestra identidad nacional. Como ya hemos dicho, llegados a este punto es posible permanecer ciego al nacionalismo propio y sólo percibir el ajeno, o podemos autoanalizarnos y descubrir en nosotros mismos aquello que en un primer momento únicamente veíamos en el otro. No obstante, esta última operación, que sería, por cierto, el primer paso para desarrollar una actitud cosmopolita, parece muy difícil de llevar a término, y la mayoría de los ciudadanos de una nación, sobre todo si se trata de una nación ya realizada y satisfecha, y también la mayoría de los que se llaman a sí

mismos “cosmopolitas”, lamentablemente permanecen dentro de la primera opción.

Un caso muy iluminador donde podemos encontrar en acción estos elementos conformadores y recordatorios de la identidad nacional sería el deporte, el deporte en general, pero sobre todo, el fútbol. Y no me refiero a la mera práctica del deporte o del fútbol -la simple diversión de jugar o el esfuerzo físico por mantenerse en forma-, ni tampoco al inocente placer que pueda derivarse de mirar una determinada competición deportiva. No, hablo del deporte y del fútbol entendidos como un acontecimiento social -fenómenos de masas- que día a día van galvanizando las maneras de pensar, de sentir y de actuar de los individuos -sus identidades- y que en ocasiones señaladas pueden llegar incluso a paralizar la vida social colectiva cotidiana consiguiendo que masas suficientes de individuos estén pendientes y se movilicen para dar apoyo a los representantes deportivos de sus respectivas identidades.

Pues bien, en el caso del fútbol así entendido se daría la confluencia de una serie de elementos que lo convierten, quizás, en el caso más llamativo y representativo de la conciencia inconsciente del nacionalismo. Para empezar, el hecho de que sea un deporte donde el sujeto de la acción es un equipo; en el fútbol lo importante no es la lucha del deportista consigo mismo o con el cronómetro o el peso o la distancia, o la superación de una dificultad preestablecida; ni siquiera se trataría de una lucha entre dos equipos donde cada deportista se enfrenta a otro individualmente. No, lo importante del fútbol es la lucha de un equipo -la representación en miniatura de una comunidad- con otro equipo -la representación en miniatura de otra comunidad. En otras palabras: en el fútbol lo que hay es el enfrentamiento entre dos, digamos, unidades espirituales. Y, a veces, entre dos comunidades que son o aspiran a ser naciones, o entre dos comunidades una de las cuales aspira a ser nación en relación a la otra, o incluso en contra de la otra.

Esta dimensión fuertemente identitaria que el fútbol tiene por encima del resto de los deportes, vendría favorecida además por el hecho de que, en función de las características propias del juego -por ejemplo, que se juegue fundamentalmente con el pie en unas distancias grandes (mínimo 90x45 metros, máximo 120x90)- permite precisamente la congregación, como público, de una parte importantemente representativa de las comunidades que los equipos representan. Es más, aquellas personas que no pueden estar físicamente presentes, pueden estarlo, no obstante, espiritualmente -virtualmente- a través de la radio o la televisión. En este sentido resulta muy significativo el hecho de que en los bares o en las pantallas gigantes que, a veces, se instalan en la calle -y ahora también en algunas sales de cine- los seguidores de los equipos no sólo miren los partidos que juega su equipo, sino que lo hagan con la indumentaria preceptiva -gorros, bufandas, camisetas, etc.- y exhibiendo los símbolos pertinentes. Y sobre todo, que animen a su equipo de la misma manera como lo harían de estar en el estadio con gritos y cánticos propiciatorios. ¡Como si los jugadores pudieran oírlos! ¡Como si estas conductas tuvieran alguna influencia!

Y es que no haría falta que los jugadores sientan la fuerza que allí se hace: ya tienen bastante con saber que se está haciendo. Porque una unidad espiritual no necesita, ni siempre ni constantemente, del contacto físico: es suficiente el hecho de que colectivamente la comunidad imagine, recuerde, desee esta unidad y, claro, que empuje... Además, ni siquiera se precisará que todos los protagonistas del partido pertenezcan físicamente a la nación que representa el equipo donde juegan: lo importante es a quién representa cada cual, a quién imaginamos que representa cada cual... Y en este sentido podemos descubrir, si adoptamos un punto de vista crítico y escéptico, situaciones de difícil y divertida conceptualización -por ejemplo, en la narración de los hechos que hace el periodista- cuando, como suele pasar hoy en día en la Champions League, en



el equipo contrario juegan más ciudadanos de la nación del periodista, pongamos por caso, que en el equipo que supuestamente la representa. Entonces, como muestran los titubeos del locutor, las adscripciones de las identidades comienzan a fallar y el vocabulario se queda corto o deviene demasiado ancho.

Pues bien, es en esta dimensión donde hemos de buscar la significación nacional del deporte y, sobre todo, del fútbol. A veces se ha dicho que una de las virtudes del deporte era que escenificaba el conflicto entre comunidades -la guerra- y que precisamente por ello, justamente en tanto que pura escenificación ritual, permitía que el conflicto -la guerra- no se produjera. Es decir, que a través del deporte las comunidades y las naciones sublimarían sus desavenencias. *¡Suerte que tenemos el fútbol!* -podría decir alguien-, lo mismo que antes, cuando todavía existían las clases sociales -quiero decir, cuando el proletariado, o una parte importante de él, aún se imaginaba a sí mismo como sujeto histórico- se afirmaba que a través del fútbol la lucha de clases quedaba sublimada o neutralizada. El problema, no obstante, es esto que no es así, y no porque, en general, lo reprimido siempre acabe por retornar; no, el problema es que el deporte -y sobre todo el fútbol-, en tanto que fenómeno de masas rememora, mantiene vivo y anticipa el conflicto -ésta sería, de hecho, su función social profunda-, ya que, por una parte, proporciona, activa y hace recordar todo el arsenal simbólico que sería necesario para el conflicto; y, por otra parte, porque hace vivir -imaginar, recordar, anticipar- el tipo de compromiso, esfuerzo y sacrificio que las guerras nacionales nos pueden llegar a exigir.

Para verlo más claro bastaría con tener presente el gran espacio que los medios de comunicación dedican al fútbol en particular y al deporte en general. O la enorme cantidad de medios que hay especializados. No se trata únicamente de una diversión intrascendente o banal, sino de preparar día a día lo que puede acabar siendo una celebración colectiva por la victoria

final de algún gran título, una celebración identitaria que, a pesar de llenar de gente las calles de nuestro país, será ignorada o contemplada con indiferencia por el resto del mundo. Por cierto, esta indiferencia o desatención no afectará a la idea de nación del ganador -en principio no hará que nos volvamos escépticos sobre nuestra nación-, ya que es suficiente que los ganadores imaginen que su nación ha ganado tal y como podría haberlo hecho cualquier otra nación -si es de las importantes, mejor. Y es que forma parte de la ideología nacionalista, no que los otros celebren nuestras victorias -eso, sin duda, sería pedir demasiado-, sino que nosotros las celebremos tal y como sabemos o imaginamos que los otros las celebrarían, porque lo propio de las naciones no es únicamente existir, sino existir en un mundo hecho de naciones y ser reconocidas por ellas.

Ahora bien, también por este motivo los disidentes de la identidad nacional que implementa el fútbol ocupan una posición que o bien es ininteligible, o bien es incómoda para los seguidores del equipo que representa la comunidad o la nación a la cual se supone que el disidente habría de pertenecer. Y digo el fútbol porque es donde más llamativa se hace esta situación. Puede entenderse que alguien prefiera que gane, pongamos por caso, el otro tenista, el otro boxeador o el otro jugador de golf -en estos casos parecen aceptables las disidencias, porque las preferencias parecen ser preferencias sobre las personas. Sin embargo, que alguno de nosotros prefiera que gane la selección de fútbol o el equipo de otra nación -o de otra ciudad, o de la otra parte de la ciudad- es algo que colectivamente resulta casi inaceptable. No queda espacio para tanta sutileza identitaria, porque el nacionalismo del grupo social al que pertenece el disidente no parece lo que es -esto es, simple nacionalismo o, en su caso, localismo-, sino una identidad natural y, por lo tanto, algo que el disidente no podría no tener. Y el no tenerla, carecer de ella, lo convierte en algo peor que un sospechoso o un enemigo; hace de él un enemigo interior, un traidor, un quintacolumnista.

Dicho en otros términos: cuando uno de los nuestros es de los otros, sentimos que su identidad necesita ser clarificada y justificada, que se precisa de alguna explicación. El problema, no obstante, es que esta explicación no llegará jamás a un final: jamás acabamos de entender cómo puede ser que uno de los que habrían de ser de los nuestros va y resulta que es de los otros. O mejor, que se ha hecho de los otros. Esto es, que se ha hecho, que se ha convertido en uno de los otros, en uno de los otros en contra de la identidad que supuestamente le correspondería de manera natural. Además, y como consecuencia de este distanciamiento, ya no será posible compartir, ni tampoco recuperar, una gran cantidad de significaciones, de entramados de sentido y de vivencias. En suma: entre unos y otros siempre habrá algo opaco, impenetrable e innegociable en relación a sus respectivas identidades.

Llegados a este punto alguien podría intentar recordarnos que el fútbol es sólo fútbol, y que no habría para tanto, que estamos exagerando. El problema, sin embargo, es que el fútbol no siempre es simplemente fútbol. En realidad, tal y como pasa con todos los clubes, que siempre son más que un club -aunque no todos lo sean de la misma manera-, el fútbol suele ser siempre más que fútbol. El fútbol, ya lo hemos indicado, es un deporte altamente identitario, de hecho sin este trasfondo de las identidades y sin los compromisos y las identificaciones que se derivan, el fútbol no sería el fenómeno de masas que es. Y ni siquiera algo que interesaría a nadie, exceptuando claro está a los especialistas en la materia, a sus practicantes, o a aquellos que por pasar el rato se están noventa minutos delante de la pantalla observando cómo la pelota va arriba y abajo.

En realidad, ¡qué pocas veces somos capaces de seguir con interés un partido de fútbol cuando no hay nada en juego que nos afecte! Bien, a veces, pasa, por ejemplo cuando los

jugadores juegan con ganas y coraje, o cuando –y eso es más raro- con su juego rozan lo imposible, el arte... Sin embargo, en la mayoría de los casos si no proyectas los sentimientos y las identificaciones oportunas, si no tienes expectativas extrafutbolísticas añadidas, el fútbol tiende a ser un espectáculo bastante insulso y anodino. En otras palabras: una actitud meramente estética y contemplativa es algo muy difícil de encontrar y muy difícil de conseguir en fútbol. Y es que estaríamos moviéndonos en un terreno donde lo importante son los sentimientos y las identidades, de manera que si no tenemos en cuenta estos condimentos consustanciales a la vivencia del fútbol, entonces no sólo no descifraremos cuál su intrínquilis, sino que además nos será imposible captar su significado social.

Pues bien, dado que las cosas son así, parece indiscutible que deberíamos esforzarnos por controlar al máximo los sentimientos y, a la vez, intentar que nuestras identidades fuesen más líquidas, por decirlo a la manera de Zygmunt Bauman –vid., por ejemplo, *Modernidad líquida* (2000). Con todo, me da la impresión que estas recomendaciones tan sensatas lamentablemente servirían de poco si lo que se trata de evitar son los desencuentros, o los conflictos, porque, y aquí creo que Carl Schmitt tenía razón, la dialéctica del nosotros y los otros en el sentido de un conflicto “amigo-enemigo” suele acabar imponiéndose –vid., *El concepto de lo político* (1932). Es la dialéctica del fútbol, y de otros muchos deportes, y es también sobre todo la dialéctica de las identidades nacionales y la de la política de los nacionalismos al construir identidades nacionales. Además, para remachar el clavo, sólo habría que añadir la transparencia de nuestros nacionalismos –y, en general, la transparencia de toda identidad-, que nos hace creer que son los otros los únicos que tienen una identidad que necesita ser clarificada o explicada a través de alguna reconstrucción.

Soy partidario de las actitudes cosmopolitas y defensor de la necesidad de las identidades

líquidas, pero me da la impresión que esta buena idea únicamente tiene cierto margen de aplicación entre personas de una sensibilidad especial o en esferas muy reducidas de los mundos elevados de la alta cultura. Y aún así... Pero cuando descendemos a otros ámbitos más de calle de las identidades nacionales –las identidades no solamente son culturales o lingüísticas, sino que también pueden ejemplificar identidades de guerra, de *status* social, o de pasado histórico, o de relaciones de poder, etc.-, entonces podemos acabar tropezando con las zonas oscuras e intratables de nuestras identidades nacionales. ¿No es sintomático de esto último que la manera usual de tratar con la identidad del otro sea el menosprecio o la típica burla donde el otro tiene que asumir su fracaso, su derrota o acostumbrarse a una vida de sumisión? Aquella afirmación de “*les vamos a dar un chorreo*” de aquel presidente, que expresaba así su nacionalismo agresivo y excluyente, era todo un símbolo. Y un símbolo no sólo aplicable al caso del fútbol, sino también, lo que sería más grave, al caso de las naciones.

Como he intentado argumentar en *Realisme i nació. Un assaig de filosofia impura* (2009), creo que estamos ante problemas que no tienen solución, o al menos no una solución que deje contentas a todas las partes implicadas, ya que los conflictos que generan las identidades nacionales suelen acabar bien con la eliminación o minorización del otro, bien con el abandono lento de una identidad en favor de la otra –la vencedora- por parte de aquellas que han perdido la batalla. La situación humana en este terreno es la de un conflicto irremediable, y sólo podemos, a lo sumo, mantener actitudes cosmopolitas o promover identidades líquidas, híbridas. A tal efecto, sin embargo, es necesario sobre todo que los nacionalistas realizados y satisfechos no sean ciegos a su nacionalismo, que sus identidades nacionales no les resulten transparentes e imperceptibles. Y aún así, este untar de vaselina el conflicto –a eso se llama diplomacia- seguramente no contentará a todo el mundo, y tendremos que estar preparados. Los perdedores siempre estarán en su derecho a ser tozudos –no olvidemos que el suicidio no es nunca una

obligación, sino un derecho-, y exigir el reconocimiento de sus selecciones nacionales o realizar referéndums a favor de su independencia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Z. 2000, *Modernidad líquida* (2003), México, F.C.E.
- Billig, M. 1995, *Nacionalisme Banal* (2006), València, Editorial Afers-Universitat de València.
- Calhoun, C. 1997, *Nacionalisme* (2008), València, Editorial Afers-Universitat de València.
- Defez, A., 2009, *Realisme i nació. Un assaig de filosofia impura*. València, Edit. 3 i 4.
- Greenfeld, L. 1999, *Nacionalisme i modernitat*, València, Editorial Afers-Universitat de València.
- Schmitt, C. 1932, *El concepto de lo político* (1991), Madrid, Alianza Editorial.
- Sebastià, J. 2004, *El parany cosmopolita*, Catarroja (València), Editorial Afers.